

# Sobre la angustia, el amor y el duelo

## Apuntes para su abordaje a partir de las funciones del objeto *a* y la castración

*On angst, love and mourning*

*Notes for its approach based on the functions of the object *a* and castration*

**Luciano Serrani**

Correspondencia:

lucianoserrani@hotmail.com

Filiaciones Institucionales:

Universidad Nacional de Rosario (UNR). Argentina

**RESUMEN:** En el presente trabajo se busca explorar las relaciones entre la angustia, el amor y el duelo a partir del operador del objeto *a*, objeto del deseo, el cual introduce una serie de distingos fundamentales tanto para la teoría como para la práctica analíticas. Comenzando con la fórmula de “deseo como deseo del otro”, Lacan buscará precisar el estatuto de ese deseo en tanto que analítico. Veremos operar el objeto en el fantasma y por esa vía accederemos a la angustia, cuyo lugar en la estructura comparten. En segundo término se explorará la función del deseo en el amor, y en particular, lo que aporta a su esclarecimiento una experiencia como la del duelo. Finalmente, se buscará extraer consecuencias acerca de la función de este objeto en la relación de castración, entendiendo que allí se ubica una referencia esencial para pensar el lugar del deseo del analista en la transferencia

**PALABRAS CLAVE:** Angustia – Amor – Duelo – Objeto – Castración.

### Cómo citar:

Serrani, L (2022) Sobre la angustia, el amor y el duelo. Apuntes para su abordaje a partir de las funciones del objeto *a* y la castración. En *Revista Psicoanálisis en la Universidad* N° 7 Rosario. Argentina UNR Editora. Pag 21-37.

ISSN: 2683-9938 (en línea)



**Licencia:** Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional.

**Responsabilidad editorial:**

Universidad Nacional de Rosario.  
Argentina. Facultad de Psicología.

**Recibido:**

12 - 11 - 2022

**Aceptado:**

06 - 12 - 2022

**Publicado:**

25 - 05 - 2023

**ABSTRACT:** This article seeks to explore the relationships between angst, love and mourning based on this operator: the object a, object of desire, which introduces a series of fundamental distinctions for both psychoanalytic theory and practice. Beginning with the formula “the desire is the desire of the other”, Lacan will seek to specify the status of this desire in psychoanalysis. The object will be seen operating in the phantasy and through this path we will approach angst, whose place in the structure they both share. Secondly, the function of desire on love will be explored, and in particular, what an experience such as mourning contributes to its clarification. Finally, this article seeks to draw the consequences of the function of this object in the castration relationship, understanding that an essential reference is located there to clarify the place of the psychoanalyst’s desire in the transference.

**KEY WORDS:** Angst – Love – Mourning – Object – Castration.

## INTRODUCCIÓN

Es sabido que el objeto *a* es un invento de Lacan, e incluso, dicho por él mismo en diferentes ocasiones, su único invento en psicoanálisis (Lacan, J. [1973/1974]). Resulta menos sencillo definir los parámetros de esta invención, sus momentos y condiciones. Algunos autores han planteado que dicha invención es la resultante de toda una serie de elaboraciones previas (que incluyen el paso por el objeto parcial, el *Das Ding*, el agalma, etc.) (Le Gaufey, G. 2011), mientras que otros han llegado a establecer una fecha precisa (la sesión del 9 de Enero de 1963), privilegiando lo que podríamos llamar la *redefinición de su estatuto*, sea por la vía de la formalización algebraica y topológica, sea por la vía del gesto enunciativo, el acto de nombrarlo como letra (Allouch, J. 2000).

Lo cierto es que, a partir de esta invención, el *a*, objeto del deseo, resulta imprescindible para abordar una cantidad de hechos de la práctica analítica, que no se reducen como tal al problema del deseo.

El *a* opera allí en el deseo, como su causa (y no como meta), pero también opera en relación con la angustia, que se especifica por el surgimiento del deseo del Otro. Encontramos al *a* en las fórmulas del fantasma, y también se pone en juego en el amor y el duelo. ¿Cómo es posible tal polivalencia de este objeto? ¿Cómo abordar entonces los vínculos específicos de todas estas manifestaciones?

Para comenzar a desbrozar este complejo terreno, tomaremos *cuatro momentos* diferentes del *Seminario 10* de Lacan, los cuales se intentarán articular después. Como condición de lectura (más que como propuesta metodológica), nos limitaremos a los problemas planteados por *este* semi-

nario, siendo reconocible y evidente que estas elaboraciones no concluyen todas aquí, sino que están sujetas a incontables reformulaciones a lo largo de toda la enseñanza lacaniana. No obstante, podemos afirmar que estas clases de los años 1962 y 1963 son particularmente fecundas en cuanto a la profundización de los asuntos mencionados, comenzando por el nombre que da título al seminario: la angustia.

Al respecto, nos interesará especialmente abordar la diferencia entre angustia y duelo, entendiendo que este distingo nunca dejó de ser problemático en Freud, y que Lacan aportó precisiones que no han sido suficientemente destacadas, y sin embargo revisten una gran importancia en la práctica analítica. Se augura que este recorrido decante en una mayor precisión en cuanto a la problemática central del deseo, incluyendo el deseo del analista, operador esencial de la cura.

## I. AMOR Y DESEO EN HEGEL Y LACAN. SUS FÓRMULAS (21 DE NOVIEMBRE DE 1962)

El punto donde nos encontramos de la teoría del deseo en su relación con el Otro les aporta a ustedes, en efecto, la clave de lo siguiente, que, contrariamente a la esperanza que podría darles a la perspectiva hegeliana, el modo de la conquista del otro no es aquel –demasiado a menudo adoptado, desgraciadamente, por uno de los partenaires– del Te amo, aunque tú no quieras.

[...] Hay, sin embargo, otra fórmula que, si bien no demuestra mejor su eficacia, quizás sea tan solo porque no es articulable. Pero esto no significa que no esté articulada. Es Yo te deseo, aunque no lo sepa. Allí donde consigue, por inarticulable que sea, hacerse

oír, ésta, se lo aseguro, es irresistible. ¿Y por qué? No voy a dejarlos con la adivinanza.

Supongamos que sea decible. ¿Qué es lo que con ella digo? Le digo al otro que, deseándolo, sin duda sin saberlo, siempre sin saberlo, lo tomo como el objeto para mí mismo desconocido de mi deseo. Es decir, en nuestra propia concepción del deseo, te identifico, a ti, a quien hablo, con el objeto que a ti mismo te falta. Tomando prestado este circuito obligado para alcanzar el objeto de mi deseo, realizo precisamente para el otro lo que él busca. Si, inocentemente o no, tomo este desvío, el otro en cuanto tal, aquí objeto –obsérvenlo– de mi amor, caerá forzosamente en mis redes. (Lacan, [1962/1963] 2004, p. 36).

Debemos ubicarnos en el contexto de producción, o de emergencia, de esta cita: Lacan se encuentra respondiendo a un cuestionamiento de su auditorio en lo concerniente a la fórmula, supuestamente hegeliana, del “deseo como deseo del otro”. Para diferenciarse entonces de Hegel, o más bien, para volver explícita su diferencia con él (la que no excluye por supuesto su utilización y provecho), Lacan establece fórmulas. En principio, son fórmulas algebraicas, es decir, fórmulas que apuntan a lo escrito como diferencia radical. Pero luego añade estas dos “recetas”, fórmulas más bien del orden aforístico, que vendrían a dar cuenta de las formas amorosas/deseantes según que se trate de su teoría o la del filósofo alemán.

Es así que hay una figura del amor (o del amante) en Hegel, y otra en Lacan.

Veamos la primera.

“Te amo, aunque no lo quieras” es perfectamente articulada y articulable. Según Lacan, es la fórmula más general que apli-

ca el amante. Podríamos extenderla en sus implicancias y decir que coincide con la dialéctica del amo y el esclavo, punto por punto. El otro que se ama es allí otra conciencia. Yo lo amo y de lo que se trata es de prevalecer en la disputa amorosa, que me reconozca como amante, que reconozca mi amor. El desear del otro pareciera estar incluso desafiándolo en este “aunque no lo quieras”, pero sin dudas hay una dimensión esencial de la subjetividad que resulta escamoteada por la disputa: hasta cierto punto, en mi deseo de reconocimiento, que el otro me ame o no, no pareciera ser lo esencial, lo esencial es que me reconozca como amante.

Vemos hasta qué punto esto puede engendrar la violencia, o cuanto menos tensionar el costado agresivo del narcisismo.

En cambio, la fórmula lacaniana se encuentra más abierta a una *mediación*. También es cierto que resulta más difícil de aprehender. En principio, según admite Lacan, porque no es articulable: “te deseo, aunque no lo sepa”. ¿Es que tenemos que pasar por alto el reemplazo del término *amor* por el término *deseo*? No, por supuesto que no. Ocurre que Lacan ya ha operado una sustitución silenciosa que sólo puede sernos relativamente comprensible si tenemos en cuenta que “el deseo no concierne al objeto amado” (p.168), como dirá algunos meses después, en la sesión del 27 de Febrero de 1963. De lo que se trata, repetimos, es de la función del deseo en el amor.

Alguien podría objetar: “si soy yo quien lo articulo, es imposible que no lo sepa”. He ahí entonces lo inarticulable. Sin embargo, puesto que en este caso se trata de la experiencia analítica, ese saber no tiene por qué ser un saber sabido. El Otro en Lacan no es “otra conciencia”,

“otro ser”, “otro sujeto”, sino el lugar del inconsciente en cuanto tal. Así las cosas, resulta perfectamente posible que el *sujeto desee sin saberlo*, pura y simplemente porque quien desea es un *a*, un objeto. El sujeto en el amor sólo puede asumirlo y articularlo yoicamente a través de una identificación imaginaria, lo que expresa el carácter ineliminable, al fin y al cabo, del narcisismo. El amor no ha dejado de ser narcisista.

Al desear al Otro, lo identifico con el objeto que a él mismo le falta. Entonces, en la versión lacaniana, la falta en el Otro es esencial. No se trata del objeto que el Otro desea, sin más; ese objeto deseado por el Otro, ¿qué es? ¿Sabe el Otro lo que él mismo desea? ¿Es el puro prestigio, como en Hegel? Ciertamente no. Se trata del Otro en la medida en que se caracteriza por una falta irreductible, o sea, por algo que no define objeto alguno, salvo una *x*, un enigma. El Otro es una falta en el saber sobre el objeto, y de ningún modo el que define, a tal objeto, como siendo lo deseable.

En suma, si el sujeto no capta en el Otro una falta no puede desearlo. Es a partir de la lectura de dicha falta que el rodeo amoroso entonces se produce. Desear al Otro es buscar lo que al Otro le falta sin que lo sepa, y es sólo en esa medida en que realiza, para el Otro, su deseo. Vemos entonces que lo que interviene allí es la función de la imagen, *i(a)* como señuelo deseable para la captura del deseo del Otro. El *eron*, el *erastés*, va tras la caza del objeto agalmático y al mismo tiempo se flexibiliza infinitamente para embaucarlo, o sea que se vuelve, o al menos se postula, *erómenos*. Hace equivaler su imagen especular con el deseo del Otro (ésta es la antedicha *mediación* del deseo en

tanto analítico, y lo que explica también que la señal de la angustia se encienda en el yo). ¿Pero no será que, después de todo, también tenemos que pensarlo al revés, es decir, admitir que el *erómenos* sea previo? Por supuesto, pero a condición de que sea un *erómenos* perdido.

## II. CÍRCULO REGRESIVO DE LA DEMANDA. DEMANDA DE CERO. CASTRACIÓN (5 DE DICIEMBRE DE 1962).

En la medida en que el sujeto agota sus iras contra esta imagen, se produce aquella sucesión de las demandas que va hacia una demanda cada vez más original, históricamente hablando, y entonces se modula la regresión en cuanto tal.

(...) ¿Por qué, si el sujeto es introducido en un tiempo que por fuerza debemos situar históricamente como progresivo, ello ocurre por la vía regresiva?

Hay quienes, frente a la paradoja de saber que es remontando hasta la fase oral como se aísla la relación fálica, han tratado de hacerlos creer que tras la regresión era preciso rehacer el mismo camino en sentido inverso, lo cual es absolutamente contrario a la experiencia. Nunca se ha visto un análisis, por logrado que se lo suponga en el proceso de la regresión, volver a pasar por las etapas contrarias, tal como sería preciso si se tratara de una reconstrucción genética. Por el contrario, en la medida en que se agotan, llegan hasta el final, hasta el fondo, todas las formas de la demanda hasta la demanda de cero, vemos aparecer en el fondo la relación de castración.

La castración se encuentra inscrita como relación en el límite del círculo regresivo de la demanda. Aparece ahí cuando, y en la medida en que, el registro de la demanda está agotado.

Se trata de comprender esto topológicamente. (Lacan, [1962/1963] 2004, p. 63).

Nos situamos ahora en un escenario diferente. Lacan se encuentra cuestionando el manejo de la transferencia, de la demanda amorosa en el análisis, y las consecuencias diferentes que esto produce según se entienda la castración de un modo o de otro.

El único progreso que el análisis realiza (el término “progreso” sólo puede situarse en un sentido relativo) implica un movimiento regresivo. Esto no es más que decir que, desde la primera demanda que se articula y se dirige al analista, el movimiento del análisis lo orienta hacia demandas cada vez más primitivas. La cura analítica no puede evadir este hecho, lo que constituye una suerte de paradoja, al menos aparente, e incluso algo que los analizantes llegado el caso lo articulan a su modo (alguien podría decir “en cierto modo estoy mejor, pero en otro sentido estoy peor que cuando llegué”).

Las doctrinas analíticas que consideran a la castración como estrictamente la amenaza que recae sobre el falo, van a buscar la causa de la neurosis mucho más atrás, mucho antes de la aparición del falo, en la relación supuestamente más primitiva del sujeto: con el seno y la madre. Para Lacan, incluso allí, en el nivel oral, ya está el falo en juego, en la medida en que eso, el falo, ya opera de entrada en el deseo materno.

De cualquier manera, de lo que se trata es de situar a la castración en su originalidad estructural, y no en su momento supuesto de aparición en el desarrollo (que ubicaríamos a partir del complejo de Edipo).

Si se trata ahora de comprenderlo a partir de una topología, imaginemos lo mínimo: el toro. En el ciclo de las deman-

das, y por la respuesta que el sujeto obtiene del Otro, se va delineando algo que siempre resta, algo que no puede ser levantado por la demanda misma; es el *a*.

Esto no tiene nada que ver con la frustración, que engendra la agresividad (o las “iras”, como Lacan las llama). No se trata de frustrar al sujeto en las demandas que articula. Lo que se demanda, en verdad, lo sabemos: es un signo de amor. Confirmar el amor satisface la necesidad pero al mismo tiempo aplasta el deseo. Tampoco se trata de rechazar el amor *so pretexto* del principio de abstinencia. No es responder con el principio hegeliano, que acentúa la demanda de reconocimiento, y por lo tanto la frustración.

Si retomamos la cita anterior, diremos que el sujeto deseante se encuentra con el Otro desea, lo que le falta, en este caso, al analista; el deseo del analista. En la medida en que hay transferencia, en la medida en que a ese analista se lo ama, de lo que se trata es de volverse un objeto amable para dicho deseo, rodeo necesario para que “caiga en mis redes”.

Ese deseo, por supuesto, se mantiene como una *x*, algo de lo que no se está seguro, algo significativo. El ciclo regresivo de las demandas no hace más que recorrer todos los valores posibles de esa incógnita esencial.

Pero reemplacemos ahora esa *x* por el 0, tal como lo hace Lacan en su segunda sesión del seminario la del 21 de Noviembre del 62 (Lacan [1962/1963] 2004, p.34).

$$\begin{aligned}d(x) : d(A) < x \\ d(0) < 0 : d(A)\end{aligned}$$

¿Qué sería este “0”? Si es que existe tal cosa como un 0, como una *demand*

de cero, desde nuestra lectura no puede ser más que su equivalencia con el deseo mismo, es decir, con la falta radical, constitutiva de la subjetividad. En otros términos: de lo que concierne estrictamente al deseo, no hay Otro a quién demandar. No sólo aparece objetada entonces la demanda, sino el lugar mismo del Otro, que se escribe tachado, Å. Sólo allí aparece la castración en su función verdaderamente estructurante, cuando inscribe un objeto irremediabilmente perdido. Vemos qué lejos estamos, al fin y al cabo, de la castración entendida como gesto de amenaza, de eviración de una parte del cuerpo.

### III. YO ERA SU FALTA. AMOR Y DUELO (30 DE ENERO DE 1963)

(...) Llevar un poco más lejos lo que Freud dice del duelo como identificación con el objeto perdido. No es ésta una definición suficiente del duelo.

Sólo estamos de duelo por alguien de quien podemos decirnos Yo era su falta. Estamos de duelo por personas a quienes hemos tratado bien o mal, y respecto a quienes no sabíamos que cumplíamos la función de estar en el lugar de su falta. Lo que damos en el amor es esencialmente lo que no tenemos, y cuando lo que no tenemos nos vuelve, hay, sin dudas, regresión, y al mismo tiempo, revelación de aquello en lo que faltamos a la persona para representar dicha falta. Pero aquí, debido al carácter irreductible del conocimiento acerca de la falta, tal desconocimiento simplemente se invierte, o sea, que la función que desempeñábamos de ser su falta, ahora creemos poder traducirla como que hemos estado en falta con esa persona – cuando *precisamente por eso le éramos preciosos e indispensables*. (Lacan [1962/1963] 2004, p.155, subrayado nuestro).

Se ruega al lector considerar toda la extensión de esta cita con la ayuda aportada por las anteriores, y en particular, poniendo especial interés en lo que podríamos ahora llamar una *dialéctica intersubjetiva del duelo*. Dialéctica carente de toda síntesis, e intersubjetividad, por supuesto, no de sujeto a sujeto, sino simplemente, de sujeto a Otro. Veremos que el *a* bascula entre esas dos instancias, sin reintegrarse a ninguna. Adentrémonos entonces en la cita.

“Yo era su falta”<sup>1</sup> encarna el discurso del enlutado, en la medida en que el duelo se realiza y se asume a nivel del yo, del *i(a)* del narcisismo. Ya esto, en sí mismo, no es cosa obvia. La falta no tendría por qué asumirse en el nivel del yo; recordemos, se trata de un objeto que no tiene nada de total, de totalidad, de unicidad, sino que es siempre y obligatoriamente, resto, desecho, falta.

Es claro que si el narcisismo interviene aquí es a partir del punto que Lacan mismo señala a continuación, o sea, el amor. En el amor, como siempre se dijo, de lo que se trata es de *dar lo que no se tiene*; cuando se da lo que se tiene, no se trata de amor. Al mismo tiempo, dar lo que no se tiene constituye una puesta en juego de la falta, de una falta que se puede donar. En este caso, el Otro se ha constituido en el *soprote de la castración* y, para decirlo todo, en su velo. Perder al Otro supone el retorno de esa castración, que en definitiva no es más que la división original del sujeto, disimulada o desconocida en el vínculo amoroso.

Pero podemos explicarlo mejor con esta cita de Lacan. Si lo que está en juego en la castración tiene que ver con la función del *a*, no basta con decir que al perder al otro, *i'(a)*, el objeto como tal queda develado en su función. Ni siquiera en el duelo el ob-

jeto puede subir a escena. El retorno del objeto no es más que una inversión de su lugar, pasar de un lado al otro, del lado del Otro al del sujeto.

Si en el fantasma neurótico el objeto está trasladado por completo al campo del Otro, en el duelo ese objeto retorna. Ahora bien, no por ello su función se vuelve visible y transparente; al contrario, permanece igualmente velada. Es así que este “yo era su falta” sólo puede ser traducido (y *traducido* es la palabra correcta) en un “le he faltado”<sup>2</sup>. De cualquier manera, aquí ya podemos tomar nota de un relieve muy especial: hemos pasado del “yo era su falta” al “*en algo faltamos* al representar dicha falta”<sup>3</sup>. O sea, la falta no queda representada y coagulada en el yo (esto es la melancolía), sino en lo que el yo ha faltado en ser, o sea, el superyó. Entonces el *a* sobrevive como resto.

Está claro que no se puede estar de duelo respecto de alguien a quien nunca se amó. Pero el acento más esclarecedor es otro: no se está de duelo respecto de alguien que no *nos* amó (lo cual no es más que una acentuación particular, porque el amor finalmente es siempre recíproco) (Lacan [1972/1973] 1997, p.12). Se trata de poder estar en el lugar de su *falta*.

¿No es evidente ahora lo que hemos postulado al comienzo de este comentario, de que el duelo implica una suerte de dialéctica trunca, que avanza siempre cojeando? Entre las instancias del sujeto y el Otro, la falta rebota sin resolverse, siempre por debajo del radar.

Resumimos otra vez los movimientos, aunque sea de manera esquemática: perder al Otro no significa que el sujeto pierda un objeto, sino que *se* pierda como objeto para el Otro. “Yo era su falta” es un anhelo del enlutado, y fallido como tal.

Se estuvo en el lugar de la falta del Otro y, cosa paradójica (descubrimiento horrible que el propio duelo nos revela), algo nos faltó; en algo se falló para estar a esa altura. ¿Cómo devolver entonces ese amor, esa deuda radicalmente impagable?

Hay, sin embargo, un pliegue más; es la lectura que resta hacer desde el lugar del Otro, a saber, que *es justamente por ese hecho de que faltamos al representar la falta, que el Otro podía desearnos*. Lacan mantiene el desencuentro hasta el final, y nos lleva a constatarlo desde ambas instancias.

Es muy cierto que algunos amores se descuidan hasta que ya es muy tarde; y sin embargo en ello no es posible ignorar que hasta cierto punto el sujeto es manejado por la implacable estructura del inconsciente, que implica el reconocimiento siempre retroactivo del objeto que ya se encontraba allí. En otros términos, si el enlutado se reprocha en haberle faltado al Otro, en corresponder a su deseo, es en eso mismo en lo que se equivoca; no es que el Otro lo amó *a pesar* de que se le haya faltado, sino justamente a *causa* (nunca mejor dicho) de eso. Es esencial en la dialéctica que describimos el *faltar al representar la falta del Otro*, sencillamente, para permitirle desearnos.

#### IV ANGUSTIA. DIMENSIÓN DE LA ESPERA. DESEO DEL ANALISTA (27 DE FEBRERO DE 1963)

El año pasado introduce entonces la angustia como la manifestación específica del deseo del Otro.

¿Qué representa el deseo del Otro en tanto que sobreviene por este rodeo? Es ahí donde la señal adquiere su valor. Si bien se produ-

ce en un lugar que podemos llamar topológicamente el yo, concierne, ciertamente, a alguien distinto. Aunque el yo sea el lugar de la señal, no es para el yo para quien se da la señal. Es muy evidente. Si se enciende en el yo, es para que el sujeto sea advertido de algo, a saber, de un deseo, o sea, de una demanda que no concierne a ninguna necesidad, que no concierne a nada más que a mi propio ser, es decir que me pone en cuestión. Digamos que me anula. En principio, no se dirige a mí en cuanto presente, se dirige a mí, si ustedes quieren, como esperado y, mucho más todavía, como perdido. Solicita mi pérdida para que el Otro se encuentre en ella. Es esto la angustia.

El deseo del Otro no me reconoce. Hegel lo cree así, lo cual lo hace todo fácil, porque si me reconoce, como nunca me reconoce suficientemente, no tengo más que recurrir a la violencia. En realidad, ni me reconoce ni me desconoce. Sería demasiado fácil, siempre podría salir mediante la lucha y la violencia. Él cuestiona, me interroga en la raíz misma de mi propio deseo como a, como causa de dicho deseo, y no como objeto. Y como es a eso a lo que apunta, en una relación temporal de antecendencia, no puedo hacer nada para romper esa captura, salvo comprometerme en ella.

Esta dimensión temporal es la angustia. Esta dimensión temporal es la del análisis. Si quedo capturado en la eficacia del análisis, es porque el deseo del analista suscita en mí la dimensión de la espera. Me parecería bien que me tomara por éste o por aquel, que hiciera de mí un objeto. La relación hegeliana con el otro es aquí muy cómoda, porque entonces, en efecto, tengo todas las resistencias para oponerme, mientras que, contra la otra dimensión, buena parte de la resistencia resbala. Sólo que es preciso saber qué es el deseo. (Lacan [1962/1963] 2004, p.167).

Con esta extensa cita retomamos la diferencia con la versión hegeliana del deseo, ahora sí, por fin, esclarecida definitivamente.

La angustia nos revela una verdad del deseo. Se trata en efecto de una angustia-señal. Pero esa señal no es para el yo; se da en el yo, pero el yo no es más que el cartel donde se escribe; la lectura de esa señal le corresponde al sujeto, ya que proviene de un tiempo en que el yo no había nacido siquiera.

Esa señal da cuenta de un deseo en el Otro. Al respecto, Lacan nos recuerda una vez más en qué consiste eso, el deseo: aquello que en la demanda no concierne a ninguna necesidad. Ese deseo entonces me interroga al respecto de mi propio ser, pero no me demanda ni necesita nada en particular de mí. Se dirige a mí en cuanto esperado y perdido a la vez, hecho que no puede menos que sorprendernos, o al menos sonarnos un tanto paradójico. El deseo del Otro me espera, espera mi advenimiento como sujeto, y al mismo tiempo me considera ya perdido. La angustia entraña el riesgo de completar ese deseo bajo el precio de una abolición subjetiva. Y como es al sujeto al que apunta, el yo tiene poco que hacer al respecto. En realidad, sólo funciona allí como defensa, en tanto puedo litigar mediante la violencia. Vemos que si la cosa se juega en piso yoico, todas las herramientas defensivas están al alcance. Como dijimos, de lo que se trata es de la competencia con el rival para que me reconozca, y como nunca lo hará de la forma apropiada, el malentendido amoroso podrá perpetuarse indefinidamente.

Es ahí, por cierto, que el deseo del analista introduce la dimensión de la espera.

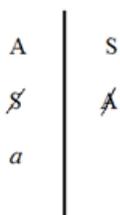
¿Por qué la espera? ¿La espera de qué? Tal vez, justamente de esto mismo: ese

intervalo temporal entre lo esperado y lo perdido.

El deseo del analista (aunque quizás sería mejor en este caso decir *el acto* analítico) no le permite al sujeto concluir en su lugar objetual respecto del deseo del Otro. Mientras en la versión hegeliana del deseo me brinda todas las coordenadas posibles de la lucha, el deseo en tanto lacaniano no. Si el deseo del analista suscita la angustia en su acto es porque no deja en paz el lugar del fantasma, no permite al sujeto acomodarse como *erómenos* y, casi diríamos, lo empuja siempre en el sentido del *erastés*, acentuando su división.

#### V. LA ANGUSTIA Y EL AMOR, ENTRE EL DESEO Y EL GOCE

En los llamados esquemas de la división subjetiva, presentados en la sesión del 21 de Noviembre de 1962 Lacan articula las operaciones necesarias que deben franquearse para el acceso al deseo. Allí de lo que se trata es de la constitución del sujeto en el campo del Otro, y lo que de ello resulta como resto irreductible.



(Lacan [1962/1963] 2004, p.36).

Sin entrar en los detalles, diremos que el esquema parte de un S y de un A todavía sin barrar, algo que sólo puede significar un tiempo mítico, al que no accede la experiencia analítica, y que sin embargo es necesario suponer para captar la lógica

de las operaciones. Esto es el goce. La angustia, por su parte, es la instancia media entre los dos pisos, allí donde la división del Otro permite la del sujeto, arrojando para un tercer nivel un resto de la operación, el *a*. Este *a*, si lo queremos pensar en términos de división, es un *irracional*, un número destinado a permanecer siempre imposible, en fuga.

Este tercer piso es el del deseo, ya que este objeto entra a operar a nivel de la causa. Su misma imposibilidad de aprehensión lo vuelve apto para ello.

En suma, la angustia constituye una *instancia media, mediana*, entre el goce y el deseo. Sin embargo, esto no implica una *mediación*, al menos si con mediación entendemos una instancia común que reúna a otras dos inconciliables. Si existiera, aún así, dicha instancia común, no podría tener elementos. Lacan lo formaliza con las yuxtaposiciones de los conjuntos de Euler, dejando vacía de elementos la intersección.

Lo que resulta notable es que el movimiento no es simplemente desarrollista y evolutivo, en el sentido en que el sujeto abandona el goce de la relación primordial, para acceder a la maduración del deseo, teniendo que soportar en el camino un pinchazo de angustia.

Desde el punto de vista de la estructura, la angustia no predice el acceso al deseo, porque bien puede recaer del lado del goce.

Si pensamos que el sujeto se separa del goce para acceder al deseo, también tenemos que decir que ese deseo no es más que voluntad de retorno al goce, goce mítico original, lo cual no implica, por supuesto, que no haya otros desvíos y ramificaciones posibles del goce que eviten perfectamente el incesto. La angustia es el peaje necesari-

rio, tanto en un sentido como en el otro.

A		S	Goce
Œ		À	Angustia
a			Deseo

¿Y qué hay del amor? El amor también, como lo dice un aforismo lacaniano, permite al “goce condescender al deseo” (Lacan [1962/1963] 2004, p.194). Es decir que tiene una función media, y tal vez aquí sí, mediadora. Sólo el amor le permite al goce condescender al deseo en la medida en que le proporciona a este último un objeto lo suficientemente adecuado; o sea, un objeto que aporta unión (unicidad potencial, al menos) y falta al mismo tiempo.

Es en esto, tal vez, que podemos ubicar el lugar del deseo del analista. Si la transferencia permite al goce sintomático la posibilidad de elaborar eso (el deseo del sujeto) en el espacio analítico, también es cierto que el amor de transferencia tiene un límite preciso antes de volverse, justamente, no analítico. El descubrimiento freudiano consistió en evitar ese destino natural, si se puede decir así, de la demanda amorosa, sosteniendo el lugar privilegiado del deseo como insatisfecho.

“*¿Che vuoi?*” (Lacan [1962/1963] 2004, p.14.) Implica que la forma en la que va a tomarme ese deseo del Otro es completamente enigmática, es decir que no puedo anticiparme, y aunque pudiera, no tendría posibilidad de evitar nada. Como hemos visto, el deseo del Otro no me permite resistirme o luchar, porque ni siquiera define el objeto del que se trata en la lucha, lo que funcionaría en esa cir-

cunstancia como una mediación posible; lo único cierto, o *certero*, es que ese deseo tiene todo el derecho a conminar mi frágil existencia, sencillamente porque le es previa y constituyente.

Se trata entonces de instaurar una *dimensión de la espera* respecto de la imperiosa necesidad de la conclusión amorosa, aquella que en el fantasma permitiría articular un *a* postizo, un señuelo para retener en un lugar fijo al Otro, para domar su caprichoso deseo. Vemos aquí un caso donde la angustia podría dar paso a la articulación del fantasma, solución del enigma. Pero el fantasma, ¿es goce o deseo?

Para permitirnos una respuesta rápida, diremos que se trata de una sutura entre ambos.

## DUELO Y DESEO

Tal vez al duelo tendríamos que ubicarlo en tercer lugar del esquema de la división, paradójicamente o no, en el lugar del deseo. Más allá de las apreciaciones fenomenológicas, de las características psicológicas del enlutado (que no se asemejan a la de un sujeto que desea), podemos decir que desde el punto de vista de la estructura, el sujeto se encuentra como lo que es: dividido, en falta. Y por ello mismo, deseante. Es muy cierto que en el duelo, ese deseo no hace más que clamar por un retorno al goce, o sea, por abolir esa falta insoportable, o que no exista como deseo. El sujeto enlutado se debate entre, por un lado, el dolor de aquello que está en falta, y por otro lado, el pulular imaginario de representaciones y significantes que permiten, a esa falta, ser compensada en el plano siempre potencial del amor.

¿Y por qué existen ocasiones en que un duelo puede demorarse, o quizás incluso, detenerse por completo, infinitizándose en una especie de asíntota? Intentaremos arrojar una pequeña luz sobre esto, que es algo de aparición bastante frecuente en la clínica, con las articulaciones planteadas por Lacan.

El sujeto sostiene su dolor por la falta del objeto, y sostiene paralelamente el goce imaginado ante el posible retorno de dicho objeto (el campo del Otro le permite soñar con un tiempo de reencuentro llamado Eternidad); lo que no admite como tal es la articulación entre ambas dimensiones, o sea, la posibilidad de que el goce llegue aún sin el retorno del objeto. Quizás es esto mismo lo que señala la angustia del duelo. Si el objeto no está, al menos se impone su recuerdo doliente, la constatación de su falta. Paradójicamente, un duelo que se consuma implica su olvido. En cierto modo la angustia rechaza lo que el duelo consumado implica, es decir, la sustitución del  $i'(a)$ , y el restablecimiento del  $a$  en su función de causa. La angustia rechaza la sustitución del objeto porque rechaza que el objeto sea como tal, sustituible (cf. más adelante).

Es de ahí que en ocasiones la posición del sujeto dificulta el duelo; no es que se aferre al dolor, como suele decirse, sino a la denuncia de esa falta como falta inscripta en el campo del Otro.

Entonces, si hemos escogido ubicar al duelo en el lugar del deseo y no en el piso lógicamente anterior, de la angustia, es porque entendemos que sólo a partir de que se ha franqueado su umbral, o sea, lo que hemos denominado *cesión del objeto*, el sujeto enlutado, afectado por la pérdida, puede en efecto desear. Resulta llamativo, y a la vez evidente, sostener que el sujeto

enlutado es como tal deseante, y al mismo tiempo, que sólo puede haber sujeto deseante si ha habido acontecimiento de duelo. Es quizás la naturaleza compartida del estatuto del objeto lo que permite postular esta suerte de equivalencia<sup>4</sup>.

#### LA CASTRACIÓN Y LOS NIVELES DEL OBJETO $a$

Hemos intentado localizar diversas funciones del objeto, tanto en la experiencia de la angustia como del duelo y el amor. Habiendo establecido que la angustia es una instancia media entre goce y deseo, planteamos luego el problema de su relación con el yo del narcisismo,  $i(a)$ , y la función defensiva que adquiere en el fantasma.

La experiencia analítica nos muestra que la aparición eventual de la angustia conmueve, turba el fantasma. Allí se pone en cuestión el  $a$  postizo que el sujeto se hace ser para ubicarse en relación al Otro, a su deseo. No obstante, ¿cuál es el paso siguiente a dar? No es seguro que la aparición de la angustia habilite siempre el deseo, ya que en ocasiones no hace más que reforzar las defensas contra éste mismo, es decir, en el contexto de lo planteado, volver al goce del fantasma.

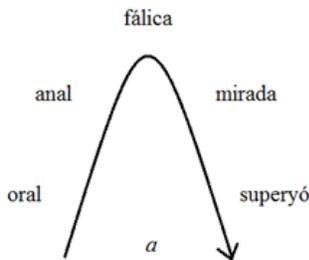
Dicho por el propio Lacan, en la sesión del 19 de Diciembre de 1962: “a partir de la angustia, se puede tomar cualquier orientación” (Lacan [1962/1963] 2004, p.87.). Es bien posible que el sujeto angustiado busque refugiarse aún más en su fijación fantasmática, aún a pesar de que ésta haya sido mancillada por la irrupción del afecto. El retorno imposible en dicha orientación no puede sino exigir el perfilamiento, la constitución, incluso la puesta en forma, de un síntoma. Al menos, es ahí

donde el análisis puede esperar hacer su entrada. Es ahí que debe suscitarse la dimensión de la espera, en esa puerta entreabierta, y siempre bien urgida de cerrarse otra vez. ¿Puede el fantasma seguir sosteniéndose incólume tras la aparición eventual de la angustia?

Sólo la función del duelo puede permitirnos hacer una diferencia. Si en efecto se trata de duelo, ello debería implicar consecuencias serias. Si la angustia interroga al sujeto en tanto que objeto de deseo del Otro, el duelo constata su pérdida irreversible (recordemos el pasaje del “esperado” al “perdido”); ser el objeto perdido del Otro tiene obligatoriamente que afectar el fantasma, en tanto éste no más que el intento de llevar a cabo la equivalencia del yo con la falta en el Otro.

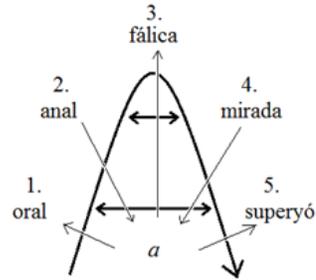
La castración no es la pérdida de cualquier objeto; hay que situarla en aquello que da a la pérdida su carácter sexual.

Excede las pretensiones de éste trabajo abordar las cinco formas del objeto *a* minúscula<sup>5</sup>, tal como Lacan las elabora en las últimas clases de su seminario. No obstante, si tuviésemos que valernos de algunos de esos puntos de referencia, para dar a la castración su correcto lugar, resultaría imprescindible el grafo que Lacan nos presenta en la sesión del 19 de Junio de 1963, llamado *grafo de las formas estádicas del objeto*:



(Lacan [1962/963] 2004, p.317).

Si se lo estudia en detalle, el grafo permite extraer numerosas consecuencias entre los términos implicados. El lector podrá verificar que existe una suerte de movimiento (que está supuesto en el vector), no lineal, sino dialéctico, donde el sujeto constituye su deseo siempre en relación con una determinada versión del Otro (necesidad, demanda, goce, potencia, deseo). Y para afinar aún más el instrumento de nuestra lectura, añadiremos que existe una suerte de alternancia en cuanto a la función del objeto, un movimiento de *apertura y de cierre sucesivos*, que revisten una importancia enorme.



Para decirlo en forma sumaria respecto de los cinco niveles: deseo de destete; deseo de retener; deseo de castración; omnipotencia del fantasma; y en el lugar de la voz pondremos: los nombres<sup>6</sup>.

Mientras en el primer piso el sujeto responde al ofrecimiento del seno, rechazándolo (él *se* desteta, dice Lacan (p.354)); en el segundo, la respuesta subjetiva ante la demanda del don es el deseo de retener, retener el escíballo. Es decir, corte del *a* en su función primitiva, y movimiento contrario, de intento de recuperación de la pérdida.

Ahora podemos plantear lo mismo respecto de los siguientes dos pisos. Agujero de la castración por la insuficiencia del órgano para dar cuenta del goce en el Otro,

e inmediatamente luego, el lugar de lo escópico, el desconocimiento en la imagen, para dar consuelo a la potencia fallida; en otros términos, el fantasma. Apertura y cierre del objeto en el movimiento progresivo del grafo.

¿Qué nos indica esto acerca del duelo y la angustia? *Que el duelo es necesario ubicarlo en el cuarto nivel*, o sea, en el piso de lo escópico, piso del narcisismo por el cual el amor se encuentra estructurado; se trata nuevamente de la distinción del *a* y el *i(a)*. El trabajo del duelo es en efecto una mostración, y por eso se emparenta con el *acting out* (Lacan [1962/963] 2004, p.360); en la medida en que se busca situar un objeto en el orden de la escena, y de constatar al mismo tiempo su imposibilidad.

Situemos ahora los pisos 2 y 4, alineados en el grafo: *retener* algo del orden de la *imagen* del cuerpo del otro. ¿Qué mejor definición que ésta para el sujeto enlutado? Esto es lo que vemos funcionando del objeto *a* en el duelo, donde la omnipotencia del fantasma desconoce, pero no anula, el lugar de la castración. La castración no se encuentra exactamente allí, sino en su lugar propio, el nivel 3, donde siempre se dijo que no hay órgano de conjunción, órgano *amboceptor* que nos conecte con el Otro, y que la pretensión de satisfacernos en él encuentra su límite preciso en la angustia.

Justamente esto es lo que se vuelve a abrir en el siguiente nivel de nuestra dialéctica, más allá del fantasma, en el nivel de la voz, donde debe aparecer un nombre, o los nombres, o tal vez un acto de nombrar, para constatar el deseo en el Otro.

## ALGUNAS PALABRAS DE CONCLUSIÓN

Al término de su especulación sobre la angustia, Freud se pregunta en qué todo aquello que ha podido plantear sobre las relaciones de la angustia con la pérdida del objeto, puede distinguirse del duelo. Todo el codicilo, el apéndice, a *Inhibición, síntoma y angustia* indica el embarazo más extremo a la hora de definir cómo se puede comprender que estas dos funciones a las que él da la misma referencia den lugar a manifestaciones tan diversas. (Lacan [1962/963] 2004, p.361).

Este párrafo es lo suficientemente explícito como para que podamos captar la crítica que Lacan realiza a Freud, respecto del problema de la angustia y su relación con el duelo. Si hay algo que ha quedado claro en el trayecto de este seminario 10 es que *la angustia no se produce ante la pérdida del objeto* (por ejemplo, dicho groseramente, ante la separación del niño con el seno de la madre); si así fuera ¿en qué se diferenciaría del duelo? Por el contrario, el objeto perdido es necesario y constitutivo de la relación deseante del sujeto. La angustia surge cuando la falta, que es *sopORTE* del deseo, es puesta en cuestión, es decir, cuando algo amenaza con colmarla.

En suma, sólo es posible comprender este nivel redoblado del mecanismo de la angustia si hemos redefinido el estatuto del objeto. El objeto es, en sí mismo, algo radicalmente perdido. En el amor, eso perdido es transferido al campo del Otro bajo la forma del *i'(a)*, que a partir de este momento se constituye en su soporte, incluso en su garante.

El duelo pone en juego un trabajo (o tal vez un acto) que no es, estrictamente, la pérdida del *a*, ya perdido de entrada, sino del objeto que se había constituido como tal en su soporte y velo, al que a continuación se le dará un sustituto que no tendrá, según parece, mayor alcance que el que estuvo en primer lugar (Lacan [1962/963] 2004, p.362). No obstante, resumirlo en esto podría no ser más que una forma defensiva de teorizar el problema, o incluso, de teorizarlo a partir de una defensa. No se trata entonces del paso de un supuesto *objeto original*, al de una *copia* a la que se le pretendería transferir su valor, pero tampoco basta con eso, o con evocar el film *Hiroshima mon amour*, para resolver el problema de la *sustitución* como tal del objeto en el duelo. Si se tratase de una “operación exacta” (Allouch, J 2011, p. 202), la operación no dejaría resto alguno; y sabemos que la extracción del *a* es aquí condición necesaria. Dicho de otra forma, lo que está en cuestión es la relación del *a* (o sea, lo que el sujeto, por su entrada en el Otro, ha sacrificado de sí, y “gratuitamente”) con  $i'(a)$ ; no solamente las relaciones de equivalencia  $i'(a) \equiv i''(a) \equiv i'''(a)$ , etc.

Si, esforzadamente o no,uviésemos ahora que concluir con algunas palabras acerca del duelo, que asegurasen el paso del tono *trágico*, con el que por lo general lo abordamos, hacia aquel otro que es el de lo *cómico*, y que debería ser su verdadero registro (Allouch, J. 2011, p. 25), nos viene bien la historia lacaniana del manejo de los tarros, que resulta, de paso, lo suficientemente ambigua al respecto para dejar abierta la pregunta.

Dijimos que diez tarros del todo semejantes no dejan de imponerse como individualmente indiferentes, pero que se podía plantear la cuestión de saber si, cuando se pone uno en el lugar de otro, el vacío que estuvo sucesivamente en el corazón de cada uno de ellos sigue siendo o no el mismo. (Lacan [1962/963] 2004, p.297.). Sesión 5/6/1963.

## NOTAS AMPLIATORIAS

1 ¿Por qué Lacan elige plantear su fórmula en primera persona del singular? Consideramos imprescindible tener en cuenta todas estas inflexiones enunciativas en su enseñanza, cuando éstas irrumpen. Paralelamente al desarrollo “doctrinal” (o entramado en éste) Lacan no ha rehusado el asumir una posición de enunciación a título personal, al menos a propósito de ciertos asuntos precisos, como el duelo, o asimismo las fórmulas anteriormente desarrolladas del deseo/amor en Hegel. Pareciera ser que alrededor de dichos asuntos, la enseñanza más eficaz sólo pudiera articularse de este modo.

2 Ésta es la aparición más patente del superyó, y la modulación que hace del objeto a través de la culpabilidad, hecho que el propio Freud nos describió.

3 No sería forzado ver en este distingo las dos formas de la identificación que Lacan menciona en la sesión del 28/11/192, a propósito de Hamlet, y en particular en la escena del cementerio (Lacan [1962/1963] 2004, p.47). Allí aparece la identificación imaginaria con Laertes, semejante y rival,

i(a) y luego, aquella otra “más misteriosa”, con Ofelia, con el objeto del deseo en cuanto tal, el objeto a, de la que ya conocemos las consecuencias que esta identificación produce en la economía del drama. Es en calidad de falta, de objeto causa del deseo del Otro, que Hamlet ha sido ignorado durante toda la obra; y sólo es reintegrado a ella, a la posibilidad de un acto deseante, a partir de lo que este duelo pone en juego.

4 Este problema exigiría un desarrollo que no podemos dar aquí ya que excede el marco de nuestro recorrido; sin embargo, es esencial en la lógica de lo planteado a propósito de las relaciones del duelo y el deseo. Para explorar el asunto invitamos al lector a recurrir al libro de Jean Allouch, *Erótica del duelo en tiempos de la muerte seca*, del que citamos apenas una frase:

Postulado: una muerte que pone de duelo hace un agujero en lo real.

Consecuencia inmediata: si ese es también el estatuto del objeto en el deseo, la función del duelo apunta mucho más allá de su marco habitual. Existe un duelo esencial, implicado en el deseo mismo, convocado desde el momento en que un sujeto desea un objeto que, como real objeto de deseo, no puede ser sino un objeto imposible. (Allouch, J (2011). P.381).

5 Para decir lo mínimo al respecto: se trata de las tres formas de objeto freudianas, el objeto oral, anal y fálico, y las otras dos formas agregadas por Lacan a la lista, objeto mirada y voz.

6 Aunque este listado pueda resultar algo arbitrario en una primera lectura, remitimos al lector a la última sesión del semi-

nario, del 3 de Julio de 1963, para verificar su pertinencia. Quizás lo más llamativo en él es la notación “deseo de castración”, en lugar de “angustia de castración”, de la que se trató a lo largo de todo el recorrido del seminario. Resolver la ambigüedad no carecería de consecuencias. Por otro lado, ubicar, en el nivel de la voz, el término “nombres”, remite evidentemente a “los nombres del padre”, título que estaba prometido para el seminario siguiente, y que nunca llegó a dictarse (no al menos en los términos previstos). La nominación en el lugar del deseo del Otro es en efecto la última articulación de este seminario de *La angustia* y debe constatarse también en la sesión anteriormente mencionada.

## BIBLIOGRAFÍA

- Allouch, J. (2000) “La invención del objeto a”, en *Me cayó el veinte n° 1. Erotofanías*, páginas 9 a 27. Editorial Epeele. México. 2000.
- Allouch, J. (2011). *Erótica del duelo en tiempos de la muerte seca*. Buenos Aires. El cuenco de plata. 2011.
- Lacan, J. [1973/1974]. Seminario XXI “*Les non-dupes errent*” (inédito), sesión del 9 de Abril de 1974.
- Lacan, [1962/963] 2004. *El seminario. Libro 10: La angustia*. Buenos Aires, Paidós, 2004.
- Lacan [1972/1973] 1997, *El seminario. Libro 20: Aún*. Buenos Aires, Paidós, 1997.
- Le Gaufey, G. (2011). *El objeto a de Lacan*. Buenos Aires, Cuenco de plata. 2011.

## LUCIANO SERRANI

Psicoanalista. Psicólogo y Profesor de psicología, UNR. Docente e investigador en la Cátedra Clínica II, Facultad de psicología, UNR. Autor del libro “Lecturas de la angustia” (Letra Viva, 2020). Ha trabajado en diferentes instituciones con niños y adolescentes con diversas patologías neurológicas.